

Utopías y prospectiva en Geddes y en Mumford

JOSÉ MANUEL NAREDO

Al centrar este número de la revista *PAPELES* sobre las utopías, me pareció conveniente llamar la atención sobre dos autores que han reflexionado y aportado ideas sugerentes sobre el tema: Patrick Geddes y Lewis Mumford. Esta nota^{*} tiene el propósito de sintetizar y recordar sus aportaciones. A mi modo de ver estas aportaciones son sugerentes porque, además de enjuiciar el pensamiento utópico en un contexto amplio, tienden a relacionarlo con ejercicios de prospectiva y con el empeño de incidir con sus análisis y propuestas en las salidas que ofrece la actual crisis de civilización.

Cacotopía vs Eutopía

Patrick Geddes se anticipó de forma pionera a plantear “la transición ecosocial” de la que hoy se habla. Para este autor, al igual que la “Edad de Piedra” se dividió en dos períodos, el “Paleolítico” y el “Neolítico”, estima conveniente distinguir en la “Era industrial” dos etapas: la “Paleotécnica” y la “Neotécnica”.¹ Considera que «hasta el presente ha predominado la primera. Como paleotectas nos consagramos ante todo a extraer combustibles fósiles, a hacer funcionar máquinas, a producir algodón ordinario para que se vista gente ordinaria, a sacar más carbón, a hacer andar más máquinas y así sucesivamente; y todo esto con el propósito básico de “extender mercados” [...] Pero todo esto se ha llevado a cabo sin un desarrollo adecuado de la riqueza real [...] Además,

^{*} *Nota del editor*: como apunta el autor, este artículo fue pensado inicialmente como una breve nota de comentarios a dos libros -uno de Geddes y otro de Mumford- para la sección de *Lecturas* de esta revista. La riqueza y amplitud de esta nota nos ha inclinado a publicarla finalmente en esta sección de *A fondo*, sobre todo porque trasciende a un mero comentario bibliográfico.

¹ Patrick Geddes, *Cities in evolution*, 1915 [ed. en castellano: *Ciudades en evolución*, Infinito, Buenos Aires, 1960 (a la que corresponden nuestras referencias) y KRK, Oviedo, 2009].

aunque así hemos creado, a costa del agotamiento de los recursos de la naturaleza y de nuestra especie, conurbaciones² enteras [...] se trata en general de arrabales, semi-arrabales o super-arrabales que constituyen en su conjunto una Cacotopía y en ellos encontramos el correspondiente desarrollo de los diversos tipos de ruina humana que armonizan con semejante medio ambiente. Dentro de este sistema de vida pueden aparecer paliativos de diversa clase que, empero, no consiguen modificar el contraste general».³ En suma, que para Geddes la *cacotopía* es una utopía negativa en el doble sentido de que la extensión de ese modelo a escala planetaria no es posible ni deseable, porque se revela social y ecológicamente degradante.

«La segunda alternativa queda abierta [...]: se trata del naciente orden Neotécnico. Siempre que nos resolvamos a aplicar nuestra capacidad constructiva y nuestras energías vitales a la conservación pública y no al despilfarro privado de recursos y al enriquecimiento de vidas ajenas, en vez de a su degeneración, nos percatamos

**El presente se puede ver
como un prolongado
conflicto fáustico entre
cacotopía y *eutopía***

que este orden de cosas también “paga” y, tanto mejor, porque paga en especie. Esto es, en casas y jardines óptimos, con todos los demás elementos armónicos para el mantenimiento y la evolución de nuestras vidas y, más todavía, de las de nuestros hijos».⁴ Éste se trata de un horizonte más

posible y deseable, pero que considera también utópico, porque se enfrenta a inercias mentales e institucionales y a intereses establecidos que tienden a perpetuar el *statu quo* “paleotécnico”. Geddes denomina *eutopía* a esta utopía positiva. Aparece así el conflicto fáustico que muestra el presente como un prologado conflicto entre *cacotopía* y *eutopía*.

En suma, concluyamos que para Patrick Geddes «las utopías son indispensables para el pensamiento social. El paso del orden Paleotécnico al Neotécnico es así el de Cacotopía a Eutopía, dedicada la primera a despilfarrar energías en pos de ganancias monetarias individuales y la segunda a conservar energías y organizar

² Patrick Geddes acuñó la palabra *conurbación* para designar el nuevo modelo de urbanización que ejemplificó tempranamente el gran Londres: a diferencia de la *ciudad clásica* o *histórica* más compacta y diversa, provista de un centro y de límites definidos, la *conurbación* extendía piezas de ocupación urbana por el territorio sin orden ni concierto, piezas que luego el viario y las redes tenían que conectar, generando un urbanismo difuso sin precedentes. Como este modelo tendía a destruir o a engullir el anterior patrimonio construido, Lewis Mumford llegó a considerar la *extensión de la conurbación difusa* como un proceso de *desurbanización*.

³ *Ibidem*, pp. 78 y79.

⁴ *Ibidem*, p. 79.

el medio ambiente para el mantenimiento y el enriquecimiento de la vida social e individual, cívica y eugénica».⁵

Revisión crítica del pensamiento utópico y sus enseñanzas

Lewis Mumford retoma y desarrolla estas reflexiones a lo largo de su amplia y fructífera obra. Empezando por su primer libro de juventud sobre la *Historia de las utopías* (1922) y sus reediciones actualizadas.⁶ Como su propio título indica este libro da un repaso bastante completo al pensamiento utópico, pero además puntúa las distintas propuestas utópicas atendiendo a las simpatías y querencias del autor. Las ediciones recientes incluyen un prólogo de 1962, en el que el autor pone en perspectiva su propio libro cuarenta años después de haberlo hecho, así como reflexiones actualizadoras en la parte final del texto. El nuevo prólogo advierte que, de su estudio inicial de las utopías «derivaron dos ideas positivas fundamentales que se han visto refrendadas por estudios posteriores [...] La primera era la idea de que cualquier comunidad posee, además de sus instituciones vigentes, toda una reserva de potencialidades, en parte enraizadas en el pasado, vivas todavía aunque ocultas, y en parte brotando de nuevos cruces y mutaciones que abren camino a futuros desarrollos [...] La otra es la idea de totalidad y equilibrio, que, como ha demostrado la biología, son atributos esenciales de todos los organismos [...] que en la especie humana] se convierten en imperativos conscientes» que configuran el delicado equilibrio entre la vida personal y comunitaria, cuya integridad —a juicio del autor— se ha visto a menudo amputada por la excesiva presión «de ideologías, instituciones o mecanismos perversos».

Considero de especial interés el capítulo 11 «De cómo hacer balance de las utopías», ya que señala las carencias y sesgos que considera que han quitado fuerza transformadora al pensamiento utópico. En primer lugar, critica la tendencia al “sectarismo” del pensamiento utópico, concluyendo que «la utopía sectaria es, en términos psicológicos, un fetiche; es decir, una tentativa de sustituir el todo por la parte, derramando sobre la parte el contenido emocional que pertenece al todo».⁷ Y, unido al sectarismo, acusa también en el pensamiento utópico el pecado del

⁵ *Ibidem*, p. 78.

⁶ Lewis Mumford, *The Story of Utopias*, 1922 [ed. en castellano: *Historia de las utopías*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2013 (a la que se corresponden nuestras referencias)].

⁷ *Ibidem*, p. 229.

“externalismo”, es decir, del afán de atribuir las causas de nuestros males a instituciones, personas o cosas que se toman como algo externo a nosotros mismos. De ahí que se pensara que bastaba con formular cambios institucionales para cambiar la sociedad, con proponer bellas constituciones, repletas de mecanismos de control y de contrapesos equilibradores, para erradicar el despotismo y la sumisión que sobreviven a los distintos regímenes políticos, asociados siempre a relaciones clientelares que reaparecen bajo nuevas formas. A su juicio «los críticos sociales del último siglo [se refiere al siglo XIX, aunque podría referirse también al XX] confundieron el problema técnico de transformar una institución o de crear una nueva organización con el problema personal y social de alentar a iniciar dicha transformación y llevarla a cabo. Las tácticas que empleaban eran comparables a las de un general que entrara en combate sin haber adiestrado a sus tropas». De ahí que no entendieran «por revolución una transvaloración de valores». Cuando, a su juicio, «cualquier concepción adecuada de un nuevo orden social debería de incluir el escenario, los actores y la obra».⁸ Por último, critica el “unilateralismo” o parcialidad que suele impregnar a las propuestas utópicas y que vincula al “partidismo”. «El partidismo implica una postura comparable a la del abogado que, al preparar su argumentación, selecciona los hechos que mejor sirven a su causa» y, tras poner varios ejemplos, concluye que «esta concentración en un aspecto particular del problema, y de la solución, presenta la debilidad de que ignora la situación total y que simplifica muy burdamente las dificultades [...] El segundo punto flaco del partidismo consiste en romper la comunidad en secciones verticales, promoviendo antagonismos y parentescos ficticios que chocan con las afiliaciones y lealtades horizontales de la vida de las personas [cuando] en una vida bien urdida hay una gran cantidad de intereses que están por encima de esas categorías, y el principal delito del partidismo [...] es que tiende a desdeñar esos intereses generales, bien poniéndolos al servicio del “ismo”, bien fomentando su abandono en pro de la “causa”».⁹

Y concluye:

¡MENUDA VISIÓN presentan estas utopías! Son como los huesos que el profeta se encontró esparcidos por aquel horrible valle, solo que uno duda que ni siquiera el aliento del Señor sea capaz de juntarlos de nuevo e insuflarles algo de vida [...] Una de estas utopías sectarias es producto de la burocracia [...] Otra es un artificio me-

⁸ *Ibidem*, pp. 233, 236 y 237.

⁹ *Ibidem*, pp. 239-243.

cánico [...] Una tercera utopía sectaria llama a los seres humanos, con todo su color y diversidad, "individuos" y convierte la vida buena en una cuestión de relaciones legales [...] Una utopía de este tipo se reduce hasta tal punto a su naturaleza verbal que casi se podría llevar en un bolsillo. Pero no vale la pena continuar. Consideradas individualmente, queda claro que ninguna de estas utopías podría crear una comunidad feliz; por otro lado, si todos estos partidismos pudieran llevarse a la práctica, el resultado difícilmente podría ser otro que la discordia [...] Parecería que nos encontramos en un callejón sin salida. Incluso admitiendo que haya exagerado absurdamente la futilidad de los reformadores y revolucionarios, su falta de un programa fundamental y su incapacidad para concebir una reorientación esencial de la sociedad moderna son más que notorias. Si nuestro análisis no ha servido para demostrarlo, la atmósfera de desilusión en la que vivimos hoy día y que permea todas las ramas de la literatura bastará para tal fin [...] Por haber depositado nuestras esperanzas en los actuales movimientos de reconstrucción y revolución, nuestros planes resultan efímeros y débiles [...] Donde quiera que miremos parece acecharnos una amenaza de bancarrota. No es extraño que nos mostremos tan cautos y renuentes a hacerlo.¹⁰

En el último capítulo del libro, Mumford emprende un análisis más constructivo y sugiere qué hacer en este mundo tanto más globalizado como falto de metas ilusionantes para la mayoría. Considera que «la principal utilidad de las utopías clásicas que hemos analizado consiste en sugerir que los mismos métodos utilizados por los pensadores utópicos para proyectar sobre el papel sus comunidades ideales pueden emplearse, en la práctica, para desarrollar una comunidad mejor sobre la tierra. El punto flaco de los pensadores utópicos está en la presuposición de que los sueños y los proyectos de una sola persona pueden ser realizados en la sociedad en general».¹¹ A la vez que, como ya había apuntado, «quizá la carencia más notoria que explica la pobreza de nuestros logros en la renovación de la comunidad haya sido la falta de personas abiertas al conocimiento existente, de personas cuyas mentes hubieran sido entrenadas a jugar libremente con los hechos, de personas que hubiesen aprendido el noble y exigente arte de cooperar con sus semejantes; de personas, en fin, que sean tan críticas con sus propios procesos mentales y sus

Hemos de asentar las utopías con la ayuda del conocimiento científico sin dejar de cultivar valores y criterios humanos

¹⁰ *Ibidem*, pp. 245 y 246.

¹¹ *Ibidem*, p. 279.

propios hábitos de comportamiento como lo son con las instituciones que desean modificar». ¹² Señala así que como «primer paso para abandonar el actual callejón sin salida: debemos regresar al mundo real, hacerle frente y estudiarlo en su compleja totalidad. Nuestros castillos en el aire deben tener sus cimientos en suelo firme». ¹³ Y para ello considera que hemos de esforzarnos en apoyar nuestros planes y utopías sobre una base permanente de hechos con la ayuda del conocimiento científico, que a su vez debe cultivarse atendiendo a los valores y criterios humanos que se materializan en las necesidades e ideales de las comunidades concretas.

Las fases de degradación de la cultura urbana, orientaciones y propuestas

Partiendo de estas consideraciones, que solo hemos podido esbozar aquí, Lewis Mumford retomó el conflicto antes enunciado por Geddes entre *cacotopía* y *eutopía* y revisó las fases de degradación con las que éste sugirió que evolucionaría la cultura urbana en la actual crisis de civilización, para apuntar en algunas de sus obras orientaciones sugerentes para enderezar la situación en favor de la *eutopía*. Así, utilizó las enseñanzas del pensamiento utópico con el ánimo de afinar la prospectiva y de reorientar la civilización industrial hacia horizontes ecológicos y sociales más saludables.

En lo referente a las fases de degradación de la cultura urbana, que según Geddes iban desde la *polis* hasta la *necrópolis*, Mumford las replantea en *La cultura de las ciudades*. ¹⁴ No es cuestión de detallar aquí su revisión. Valga decir que rememora las reflexiones de autores anteriores que pusieron en cuestión la visión lineal del progreso, para subrayar la crisis de civilización que vislumbraban en la Europa del período de entreguerras del pasado siglo XX. Hace especial referencia a Ostwald Spengler, en la *La decadencia de occidente* (1918), que relata la crisis de civilización «con su dura organización mecanizada de hombres, de artículos y de ideas: sin raíces, sin espíritu y, en última instancia, sin vida y sin esperanza: concentrada en unas pocas capitales mundiales que ya no guardan relación alguna con la tierra

¹² *Ibidem*, pp. 233 y 234

¹³ *Ibidem*, p. 263.

¹⁴ Lewis Mumford, *The Culture of the Cities*, 1935 [ed. en castellano: *La cultura de las ciudades*, EMCE, Buenos Aires, s/f, 3 volúmenes (a la que corresponden nuestras referencias); vol. II, pp. 107-123].

y donde las formas maleables de las culturas se han convertido en clichés inanimados». ¹⁵ Para finalmente considerar más interesante para su propósito la propuesta de Geddes sobre las fases de evolución de la cultura urbana, que tuvo la voluntad de modificar:

Como verdadero discípulo, he modificado el esquema de Geddes [...] Me propongo insertar una fase más temprana que no figura en su esquema, y he combinado dos fases posteriores suyas, las de Parasitópolis y Pathópolis, en una sola fase [...] Estas modificaciones, hechas después de su muerte y que por lo tanto no han sido sometidas a su sanción, tienen el mérito de colocar las tres primeras fases del ciclo en la curva ascendente y las tres últimas en la descendente; y esto, a mi parecer, encaja más dentro del esquema de Geddes que su propio diagrama inicial. ¹⁶

Las fases de evolución de la cultura y el metabolismo urbano propuestas por Mumford son, así esquemáticamente, las siguientes:

- 1ª) EÓPOLIS: «Desarrollo de la comunidad en aldea. Desarrollo de la habitación y de los órganos de asociación permanentes, apoyados en la seguridad de una provisión de alimentos equilibrada obtenida gracias a la agricultura y a la domesticación de animales...». ¹⁷
- 2ª) POLIS: «Asociación de aldeas o grupos consanguíneos con una sede común que facilita la defensa contra los ataques del invasor: una deidad común con un altar o templo común, generalmente cerca de la sede defensiva o en ella, que sirve de punto de reunión para celebrar ferias periódicamente, en la que tiene lugar un intercambio de productos y de procedimientos entre comunidades más grandes...». ¹⁸
- 3ª) METRÓPOLI: «Dentro de la región surge una ciudad entre grupos menos diferenciados de pueblos y de ciudades de campo. Aprovechando una ubicación estratégica, un caudal abundante de agua, un lugar fácil de defender, tierra buena para cultivar, el dominio fácil de rutas terrestres, fluviales o de un puerto seguro [...] generalmente combinando varias de esas ventajas una ciudad atrae un número más grande de habitantes: se convierte en una metrópoli, o sea en la "ciudad-madre"...». ¹⁹

¹⁵ *Ibidem*, p. 108.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 109 y 110.

¹⁷ *Ibidem*, p. 110.

¹⁸ *Ibidem*, p. 112.

¹⁹ *Ibidem*, p. 114.

- 4ª) MEGALÓPOLIS: «Comienza la decadencia. La ciudad, bajo la influencia del mito capitalista, se concentra en los negocios y el poder. Los dueños de los bienes raíces y de los instrumentos de la producción y distribución subordinan cualquier otro hecho de la vida al acaparamiento de riquezas y a la exhibición de las mismas...».²⁰
- 5ª) TIRANÓPOLIS: «Extensión del parasitismo por toda la escena económica y social [...] La política se convierte en una competencia entre varios grupos para explotar el tesoro municipal y el del Estado. Se extirpan todos los órganos comunales de la vida cívica, excepto los del “Estado”. Cesarismo. Desarrollo de los procedimientos de rapiña como sustitutos de las relaciones comerciales [...] Fracaso de los gobernantes para mantener la rectitud administrativa: búsqueda de puestos y de privilegios, adulación abyecta, nepotismo: aumentan los impuestos. Apatía moral generalizada y fracaso de la responsabilidad cívica: cada grupo y cada individuo toma lo que se puede llevar [...] Deportes cada vez más violentos para las masas. Amor parasitario a las sinecuras en todos los órdenes de la vida [...] El pillaje y el chantaje organizados constituyen los acompañamientos “normales” de los negocios y de la empresa municipal. Domino de gentes respetables que se conducen como criminales y de los criminales que, pese a sus actividades, logran conservar la apariencia de respetabilidad...».²¹ Si he detallado más esta quinta fase es porque considero que los signos de degradación que comporta reflejan en buena medida el panorama de corrupción y caciquismo clientelar característico de nuestro país, ilustrado por la rica casuística que ha venido aflorando en los tribunales y en los *media* durante los últimos años, tal y como subrayo en mi libro *Taxonomía del lucro* (p. 43).²²
- 6ª) NECRÓPOLIS: «La guerra y el hambre asolan la ciudad y los campos. Las ciudades se convierten en simples revestaduras. Los que quedan en ellas no pueden costear los antiguos servicios municipales o mantener la antigua vida cívica [...] La antigua rutina de la vida implica demasiado esfuerzo para que se pueda seguir viviendo; el pavimento de las calles se resquebraja y la hierba crece en las hendiduras; los viaductos se derrumban; las tiendas fastuosas han sido saqueadas [...] la arena acaba cubriendo las ruinas; así ocurrió con Babilonia, Nínive o Roma...».²³

Entre paréntesis, he de recomendar al lector interesado en la evolución de la cultura urbana, el texto sintético y claro de Mumford titulado «Historia natural de la

²⁰ *Ibidem*, p. 117.

²¹ *Ibidem*, pp. 119 y 120.

²² José Manuel Naredo, *Taxonomía del lucro*, Siglo XXI, Madrid, 2019.

²³ Lewis Mumford, *op. cit.*, Vol. II, p. 122.

urbanización», que hizo para el monumental Simposio *Man's Role in Changing the Face of the Earth* celebrado en 1955 en Princeton (EEUU) y publicado en castellano en el libro conmemorativo de ese simposio cincuenta años más tarde.²⁴

Tras esta identificación de las fases más dramáticas hacia las que evoluciona nuestra civilización urbana globalizada, Mumford incluye dos capítulos sobre posibles bifurcaciones y cambios de tendencia, titulados «Posibilidades de renovación» y «Signos de salvación», que tampoco cabe detallar aquí. Consta que «en la historia abundan cementerios donde están enterradas ruinas de comunidades que no conocieron el arte de vivir en relación armoniosa con la naturaleza y con otras comunidades. La fase final, en la cual Spengler se deleitaba, es una realidad innegable que ha destruido muchas civilizaciones», pero subraya que «no debemos cometer el error de identificar las fases *lógicas* de un proceso, tal y como las descubre y sistematiza el análisis intelectual, con la realidad viviente [...] Porque en la vida real, y en la cultura real, la historia no presenta un bloque sólido y consistente de dimensiones homogéneas». Así, pueden aparecer «reacciones rejuvenecedoras en las fases finales de la civilización mecanizada». Como también «aparecen mutaciones de origen desconocido en las comunidades humanas: la herencia social convierte a la sociedad en algo que tiene menos unidad de lo que estamos acostumbrados a suponer».²⁵ E ilustra estas posibles mutaciones y cambios de tendencia con varios ejemplos, entre ellos el de Roma:

Obsérvese a Roma en el siglo XIV. Presentaba entonces todas las características de una necrópolis, incluyendo la pérdida no sólo del título de la supremacía papal, sino de buena parte de su población. Empero, después de haber alcanzado este nadir se observó una renovación: dos siglos más tarde sus ruinas estimulan a Brunelleschi, y sus nuevos edificios estimulan asimismo el genio de Miguel Ángel [...] En resumen: las raíces de una cultura están a gran profundidad. Si las ramas están carcomidas por alguna enfermedad, el árbol puede aún echar un nuevo brote en la base y éste con el correr del tiempo convertirse en un nuevo árbol del que saldrán nuevas ramas. Desde luego esto son figuras lingüísticas, pero pueden ayudar a contrarrestar otras analogías más simples [...] Todo lo que se puede decir con seguridad es esto: cuando una ciudad alcanza la fase correspondiente a la megalópolis evidentemente se encuentra en la curva descendente: se necesita un esfuerzo social

²⁴ Lewis Mumford, «Historia natural de la urbanización», texto incluido como anexo en el libro de José Manuel Naredo y Luis Gutiérrez, (Eds), *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada y Fundación César Manrique, Granada, 2005, pp. 503-529.

²⁵ Lewis Mumford, *La cultura de las ciudades*, EMCE, Buenos Aires, s/f, (3 volúmenes), vol. II, pp. 123 y 124.

enorme para compensar esa inercia, para alterar la dirección del movimiento y para impedir el proceso inmanente de desintegración. Pero mientras hay vida existe la posibilidad del contramovimiento.²⁶

Y, revisando los procesos históricos de revitalización y cambio social positivo, considera que «son períodos durante los cuales en la comunidad, mediante la investigación crítica y la nueva orientación consciente, se forma una representación colectiva clara de sus propias finalidades y aparece una fe apasionada en la posibilidad de una nueva actitud y de un profundo cambio social». Concluyendo que:

Sin esas metas bien definidas, tanto las organizaciones sociales, así como las presiones sociales más fuertes, disipan sus energías en esfuerzos inútiles. Cuando no hay meta no hay dirección: no hay plan fundamental, ni consenso y, por lo tanto, no hay acción efectiva práctica. Si actualmente la sociedad se encuentra paralizada, ello no se debe a la falta de medios, sino a la falta de fines.²⁷

De ahí que trate de identificar bien las grandes metas que deberían de orientar la reconversión social desde la presente *cacotopía* hacia la más deseable y viable *eutopía*, lo que mantiene una actualidad palpitante con vistas a las perspectivas de “transición ecosocial” que abre la actual crisis de civilización. Este empeño orientador lo mantuvo Mumford a lo largo de su obra, que no cabe desgranar aquí, empezando por su libro *Técnica y civilización* (1934) cuyo capítulo final, titulado «Orientación»,²⁸ propone entre otras cosas en sus distintos subtítulos: «¡Aumenten la conversión!», «¡Economícen la producción!», «¡Normalicen el consumo!», «¡Socialicen la creación!».

José Manuel Naredo es estadístico y doctor en Economía y miembro del Consejo de redacción de esta revista.



²⁶ *Ibidem*, pp. 127 y 128.

²⁷ *Ibidem*, p. 134.

²⁸ Lewis Mumford, *Technics and Civilization*, 1934 [ed. en castellano: *Técnica y civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 1971 (a la que corresponden nuestras referencias), pp. 385-457].